

LA AGONIA DEL DIOS SOL

por Jacques de Mahieu
1974

La epopeya vikinga en México y el Perú

Hacia el año 1067 de nuestra era, un jari vikingo que se llamaba verosímilmente Ullman - el hombre de Ull, dios de los cazadores - desembarca en Panuco, pequeño poblado del Golfo de México. Era natural del Siesvig, la provincia meridional de Dinamarca donde escandinavos y alemanes ya se mezclaban, como todavía hoy.

Era ésta la época de las grandes expediciones marítimas de los "Reyes del Mar".

Cada verano, los vikingos abandonaban sus tierras estériles, se lanzaban por el Atlántico, entraban en los ríos de la Europa occidental y tomaban por asalto sus ricas ciudades que saqueaban sin piedad.

Preferían, sin embargo, cuando podían, establecerse de modo permanente en los territorios conquistados por las armas o conseguidos por tratado y convertirlos en sus feudos. Irlanda, Escocia, Normandía y buena parte de Inglaterra estaban sometidas a su autoridad. Por ello, para la guerra y el comercio, los drakkares surcaban los mares del Occidente.

Eran barcos muy marineros, pero a los cuales su vela cuadrada sólo permitía maniobras limitadas.

A menudo las grandes tempestades del Norte los llevaban muy adentro en el océano y los grandes descubrimientos que nos relatan las sagas, los de Islandia, de Groenlandia y de Vinlandia - la Nueva Inglaterra de hoy - fueron el resultado inesperado de desvíos involuntarios. Tenemos derecho a pensar que fue por la misma razón que Ullman se encontró, un buen día, en las costas de México.

La América Central y la América del Sur sólo nos ha llegado, en efecto, a través de los relatos míticos e incompletos que recogieron, de boca de indios cultos, los cronistas españoles de la época de la Conquista, algunos de los cuales, como el obispo Diego de Landa, acababan de encarnizarse en quemar los libros mexicanos que, ellos sí, eran muy precisos.

De lo que podemos estar seguros, es que los indios quedaron mucho más impresionados por los barcos de los vikingos que por la apariencia física de estos últimos. Ya habían visto a otros blancos, unos monjes irlandeses que llamaban papar, a la Triada escandinava, verosímilmente llegados de Huitramannalandia, o Gran Irlanda, territorio situado al norte de la Florida.

Por el contrario, los drakkares de proa delgada, cuyos flancos cubiertos de escudos de metal centelleaban en el sol y cuya gran vela movediza parecía palpar con el viento, les habrán parecido animales fabulosos. Tal vez sea ésta la razón por la cual Ullman entró en la historia mexicana con el nombre de Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada.

Corridos por el clima cálido y húmedo que les resultaba insoportable y, por otro lado, sedientos de descubrimientos, los vikingos no tardaron mucho en abandonar las tierras bajas de la costa para ir a instalarse en la meseta del Anáhuac.

Allí, impusieron su autoridad a los toltecas, una Tribu nahuatl. Quetzalcóatl fue su quinto rey. Dio leyes a los indígenas, los convirtió a su religión y les enseñó las artes de la agricultura y la metalurgia.

Unos veinte años después de su desembarco en Panuco, Ullman fue llamado al Yucatán por una tribu maya, los itzáes, que, traduciendo su apodo, lo llamaron Kulkán. Sólo permaneció dos años en la provincia meridional de México donde encontró, sin embargo, el tiempo de fundar, sobre las ruinas de una aldea preexistente, la ciudad de Chichén-Itzá y de visitar las regiones vecinas donde se lo obligó a retomar el camino del Anáhuac.

Una desagradable sorpresa lo esperaba allá: parte de los vikingos que había desoído las órdenes de uno de sus lugartenientes se habían casado, durante su ausencia, con indias y ya habían nacido numerosos niños mestizos. Furioso pero impotente, Ullman abandonó México.

Con sus compañeros leales, se hizo a la mar en el punto en que había desembarcado veintidós años antes. Reencontramos los rastros de los vikingos en Venezuela y en Colombia, que cruzaron lentamente. Llegaron así a la costa del Pacífico donde reembarcaron, a las órdenes de un nuevo jefe que parece haberse llamado Heilamp - *Pedazo de Patria*, en norrés - en botes de piel de lobo marino, para ir a fundar, más al sur, el reino de Quito y, luego, hacia mediados del siglo XI, el imperio de Tiahuanacu.

Ignoramos el nombre del jarl que los mandaba cuando llegaron a la altura del puerto actual de Arica y subieron al Altiplano del Perú. Las tradiciones indígenas lo llamaban, en efecto, en un danés apenas deformado, Huirakocha, "Dios Blanco".

Pues, en Sudamérica como en México, los indios no tardaron en divinizar a sus héroes civilizadores respectivos, aunque los habían tratado tan mal durante su vida.

Los vikingos reinaron durante casi doscientos cincuenta años en las regiones que constituyen hoy Bolivia y el Perú. Hacia 1290, sin embargo, fueron atacados por fuerzas diaguítas llegadas de Coquimbo (Chile) a las órdenes del cacique Cari. Vencidos en sucesivas batallas, los blancos perdieron su capital, Tiahuanacu, y se refugiaron en la isla del Sol, en medio del Titicaca. Los indios los persiguieron hasta allá y la suerte de las armas fue, una vez más, desfavorable para el heredero de Huirakocha.

La mayor parte de sus compañeros fueron degollados por los vencedores. El mismo logró huir con algunos hombres.

Subió a lo largo de la costa hasta el actual Puerto Viejo en el Ecuador, construyó balsas y se fue hacia las islas oceánicas. Otros daneses lograron refugiarse en la montaña donde rehicieron sus fuerzas con la ayuda de tribus leales y, más tarde, bajaron hacia el Cuzco donde fundaron el imperio incaico. Unos pequeños grupos, por fin, se escondieron en la selva oriental donde iban a degenerar lentamente.

Todo eso, lo probamos, sobre la base de los datos que nos suministran las tradiciones indígenas, la antropología, la teología, la filosofía, la cosmografía, la arqueología, la etnología y la sociología, en El Gran Viaje del Dios-Sol.

Pero no nos íbamos a detener en tan buen camino. Queríamos pruebas materiales, tangibles, indiscutibles.

Las encontramos.

I. Los "indios blancos" del Paraguay

1. Unos enanos de origen nórdico

En la selva tropical del Oriente paraguayo, entre Villarica y la frontera brasileña del Norte, viven bandas de indígenas cuyo tipo físico es del todo distinto del de los amerindios.

Son los achés, que los indios y los paraguayos llaman guayakíes, nombre que viene del quichua huailla, llanura, y k'kellu, blancuzco, (la ll y la y se pronuncian del mismo modo, en este idioma; la e y la i se confunden en una sola vocal) y significa, pues, "blancuzcos de la llanura".

Los cronistas españoles de la Conquista ya los conocían con el nombre de Caaiguáes o de guachaguíes. Pero fue en vano que los jesuitas intentaran convertirlos, y hasta acercárseles. Los españoles y los indios los temían tanto que veían en ellos especies de monos.

Así el capitán de fragata Juan Francisco Aguirre, geógrafo de la Comisión de Fronteras, podía escribir al final del siglo XVIII: "Hay una Nota en mi Diario sobre los indios guayaquiles, de cuya pequeñez y vida de mono hablo con ridiculez... son pigmeos en extremo y las partes generativas, extraordinarias.

En el varón es tan deforme que alcanza en su pequeño cuerpo a dar una vuelta a su cintura...

Tales simplezas no es digno colocarlas en una obra pública, por ridículas y antojadizas, por lo cual seguiré a los guayaquiles con la expresión de que por no abusar de la bondad del público omito otras noticias más despreciables".

Sólo en los últimos setenta años unos pocos etnólogos lograron establecer con esos extraños indígenas algunos contactos esporádicos.

En el campo de la antropología, no se tenían, hasta nuestro estudio, sino datos parciales, extraídos de series insignificantes, y hasta de individuos aislados, que no permitían llegar a conclusiones serias.

Lo que sabíamos, en este plano, acerca de los guayakíes no salía, en suma, del dominio de las simples impresiones personales.

No es nada sorprendente, pues, que las teorías elaboradas, en cuanto al origen racial de este conjunto aberrante, sobre bases científicas tan frágiles no coincidan en ninguno de sus aspectos. Menghin adscribe los guayakíes a los fuéguidos premongoloides que habrían constituido la primera ola de las migraciones efectuadas por el Estrecho de Behring, pero sólo se apoya, para hacerlo, en algunos datos de orden arqueológico.

Esta tesis supone la supervivencia, en tierras americanas, desde hace quince a treinta mil años, de una raza que descendería de los blancos prehistóricos que poblaban el Asia central hasta la irrupción de los amarillos. Es éste un fenómeno difícil de admitir.

Tanto más cuanto que, por otro lado, fuera de su pequeña estatura, común a tantas razas distintas, no hay ninguna coincidencia esencial, desde el punto de vista morfológico, entre los fuéguidos y los guayakíes. Manrique, por el contrario, quiere ver en éstos el producto evolutivo de una mezcla láguido-amazónica en la cual habría predominado, al juzgar por ciertos indicios somatológicos, el primero de dichos elementos.

Pero tampoco coinciden las características de ambas razas.

En una breve alusión. Imbelloni menciona a los guayakíes como una fracción meridional de la familia tupí-guaraní. Lo cual no le impide reconocer que la tribu es "seguramente alógena" y fue "guaranizada en una época reciente". Comprobación ésta que nos lleva a descartar de entrada la tesis según la cual se trataría de precursores de los guaraníes o de uno de sus residuos prctoides.

Maynthusen, que vivió largos años en medio de los guayakíes, reconoce que son, desde el punto de vista somático, muy diferentes de los guaraníes, sin dejar por ello de asociárselos.

Cadogan, que sostiene la misma opinión, sólo se respalda en los datos culturales del problema: "Tanto el idioma como los elementos fundamentales de la mitología guayakí (son) indiscutiblemente de origen guaraní".

Pero veremos más adelante que Imbelloni tenía razón en cuanto a este punto y que se trata, sin duda alguna, de una cultura adquirida.

Queda la teoría pigmoide elaborada por Miraglia y Saguier y retomada por el P. Juste, quien, después de rechazar audazmente la división de la especie humana en razas caucasoide, mongoloide y negroide, sugiere que la pequeña estatura de los guayakíes no tiene significación racial alguna, pues, "tampoco existe para nosotros un grupo natural pigmoide, sino simplemente un "canon pigmoide" que consideramos el resultado de la adaptación al medio selvático. Este hecho aparece en varias razas y localidades de la zona intertropical".

Sin retomar lo que se sabe acerca de los auténticos pigmeos negroides, bástenos recordar que éstos se caracterizan, no sólo por una estatura inferior a 150 cm, sino también por una larga serie de rasgos diferenciales filogenéticos.

La adaptación al medio no crea pigmeos: en el caso contrario, todos los negros de las selvas africanas lo serían. Pero sí condiciones de vida adversas hacen que ciertas razas degeneren con formas aberrantes. Lo que se encuentra, en Sudamérica, son poblaciones que sufren las consecuencias variables del enanismo. Vamos a ver que éste es el caso de los guayakíes.

Al principio de nuestra búsqueda; no teníamos ninguna base sólida: sólo datos parciales y discutibles y teorías contradictorias sin mayor fundamento. Hasta el color de la piel de los guayakíes suscitaba opiniones divergentes.

De los cinco grupos conocidos de la raza en cuestión - de trescientos a quinientos individuos, pero deben de existir otras bandas aún no detectadas - cuatro se caracterizan por un color blanco pálido, mientras que el quinto es moreno. Yaj Bertoni quería ver en tal coloración contrastada la prueba de un doble origen racial y, para él, los morenos habrían constituido la base de una evolución posterior.

Cadogan acepta la tesis de la fuerte pigmentación de los protoguaraníes. El color blanco en el seno de la raza se debería a un cruce con mujeres caaiguáes. De este modo, los guayakíes, "no solamente habrían podido asimilar totalmente a los caaiguáes blancos tan ponderados por él. P. Lozano y otros cronistas, sino mismo producido una preponderancia de las características físicas de éstos en algunas bandas..."

Dicho con otras palabras, Cadogan imagina el "blanqueo" de una raza de color por hibridación con sujetos exógenos.

Tal explicación es inadmisibile desde el punto de vista biológico, pues semejante mezcla, aún seguida por un largo proceso endogámico, sólo habría podido producir un conjunto mestizo de individuos más o menos grises, a lo más blancoides. Por otra parte, la descripción que de ellos nos da Lozano prueba, sin duda alguna, que los caaiguáes eran los antepasados directos de los guayakíes: mero problema de denominación.

Por fin, sabemos que la tez morena y la facies mongoloide de los miembros de uno de los grupos provienen de una mestización reciente con siete maticos, extremadamente oscuros, que se escaparon, en 1907, de la reducción argentina de Santa Ana y se incorporaron a una banda de guayakíes blancos que no debían de comprender más de unos treinta individuos.

Nuestra hipótesis de trabajo, según la cual la raza alógena en cuestión descendería de la población blanca del Perú precolombino, vale decir de los daneses de Tiahuanacu, era, sin lugar a duda, mucho más satisfactoria que semejante fárrago de afirmaciones confusas.

Pero había que demostrar su exactitud.

Es esto lo que hicimos. De inicio, pensábamos que nuestro estudio sería fácil. En 1959, en efecto, las autoridades paraguayas habían logrado reducir dos grupos guayakíes, un blanco y un moreno - en total unos sesenta individuos - y asentarlos en el Campamento de Arroyo Morotí, cerca de la villa de San Juan Nepomuceno.

Por ello los etnólogos que se interesaban en el problema habían podido trabajar sin mayores dificultades. Cuando nuestro equipo del Instituto de Ciencia del Hombre, de Buenos Aires, llegó al Paraguay, una violenta epidemia de gripe acababa de matar a la mitad de los miembros de la colonia y los sobrevivientes habían sido transferidos más al norte, a Cerro Morotí, a nueve kilómetros dentro del territorio no controlado.

El gobierno de Asunción quería evitar así, en la medida de lo posible, el contacto con la población paraguaya de selvícolas que podían sobrevivir a la mordedura de una víbora, pero no al virus "civilizado" más benigno contra el cual no están inmunizados. También buscaba utilizar al grupo ya reducido para atraer las bandas que vagaban en la región.

Ya lo había logrado, en enero de 1970, cuando el inicio de nuestra búsqueda: treinta guayakíes acababan de incorporarse a la colonia primitiva. Sesenta los seguirían en febrero de 1971.

Entre tiempo, el problema, para nuestro equipo - dirigido por el Lie. Pedro E. Rivero - era llegar a Cerro Morotí.

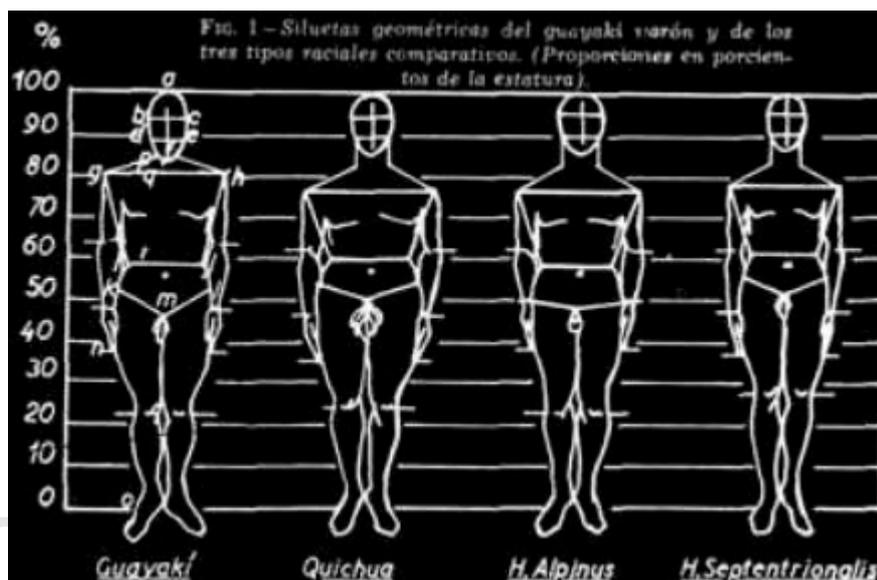
A pesar de los consejos de las autoridades militares paraguayas - y gracias a su apoyo - se alcanzó el objetivo. Pudimos así realizar un estudio antropológico satisfactorio que abarcó a veintiocho individuos adultos - veinte varones y ocho mujeres - para cada uno de los cuales establecimos una ficha básica que fue completada posteriormente merced a fotos antropométricas.

Lo cual nos permitió diseñar la silueta, geométrica del guayakí tipo (cf. Fig. 1) comparada con las siluetas, trazadas mediante idéntico procedimiento, del *Homio europqeus septentrionalis* (ario nórdico), del *Homo europaeus alpinus* (ario alpino) y del indio quichua del Altiplano andino, según las mediciones de Nicola Pende (18), para los tipos europeos, y las de Ferris (17), para el tipo peruano.

Por otro lado, tomamos veintiocho muestras de cabello. "

No es nuestro propósito imponer a nuestros lectores treinta páginas de números que los especialistas podrán encontrar en el informe publicado por nuestro Instituto.

Nos limitaremos, pues, a resumir aquí sus datos esenciales. Desde el punto de vista morfológico, el guayakí varón tiene seis características fundamentales: pequeña estatura (1,57 m de promedio); cabeza muy grande, larga, estrecha y hundida en los hombros hasta el punto de esconder el cuello, de frente; tronco muy desarrollado y muy ancho, con una cintura relativamente fina, y capacidad torácica excepcional; aparato genital anormalmente desarrollado, con un largo pene que cuelga, en posición de descanso, por debajo del escroto; miembros cortos; piernas delgadas y, en apariencia, largas en razón de la altura de la bacía.



El guayakí da así la impresión de poseer un biotipo compuesto: brevilíneo encima de la cintura, longilíneo debajo. Tiene la silueta característica de un enano que habría adquirido en anchura lo que hubiera perdido en altura.

Su estructura horizontal, sus piernas cortas y ligeramente arqueadas hacia afuera (a la inversa de las de un jinete) y sus pies vueltos hacia adentro le dan, cuando camina, una apariencia simiesca. No obstante, si comparamos su silueta con las que utilizamos como elementos de referencia, comprobaremos que se acerca mucho más al tipo ario nórdico que al tipo alpino y al tipo quichua.

Salvo en un punto: su tórax es el de un respiratorio montañés, según la clasificación de Sigaud. Agreguemos que tiene músculos alargados, una fuerza física extraordinaria - sus vecinos mbyáes no consiguen armar su arco - y una agilidad poco común.

Las mensuraciones morfológicas no revelan ninguna diferencia entre guayakíes blancos y guayakíes morenos.

Lo mismo sucede en cuanto a la forma de la cara: ningún rastro de prognatismo; una frente amplia, ancha y casi recta, con, en algunos, una evidente macrocefalia degenerativa; una boca de tipo ario en el 60 % de los sujetos; una nariz ligeramente aguileña, con un tabique fino, cuando no evidencia un hundimiento de claras características degenerativas, y una base fina en más de la mitad de los sujetos; ojos derechos, de tipo ario, en el 27 % de los casos, ligeramente ovalados en el 54 % de los individuos considerados, y ovalados, de tipo amerindio, en los demás, pero siempre desprovistos de la plica mongólica. Los pómulos sólo son francamente salientes en un caso de cada cinco.

Completemos este análisis señalando que los achés ríen, con suma facilidad, y tienen, por lo tanto, al contrario de los amerindios, no solamente una fuerte tendencia a exteriorizar su alegría, sino también los músculos faciales que les permiten hacerlo. En resumen, la cara del guayakí varón ofrece características mestizas, pero con neto predominio de rasgos fisionómicos arios.

Esta conclusión es reforzada por un índice cefalométrico, vale decir medido en vivo, extremadamente variable cuyo promedio es, en los varones, 81,4 (máximo, 86,7; mínimo, 76,7) y, en las mujeres, 82,8 (máximo, 86,1; mínimo, 78,3). La raza oscila, pues, entre la mesocefalia de los varones y la sub-braquicefalia de las mujeres.

En realidad, las variaciones que acabamos de señalar son mucho más importantes que estos valores estadísticos. En efecto, sólo pueden ser la consecuencia de una mestización reciente de dos conjuntos raciales, el uno dolicocefalo, el otro braquicefalo. Ahora bien, los indios, guaraníes y otros, del Paraguay y sus alrededores son fuertemente braquicefalos.

Luego, la raza primitiva de los guayakíes tenía una dolicocefalia pronunciada." Por otra parte, si la mestización fuera antigua, el proceso de homogeneización, especialmente rápido en grupos endogámicos tan reducidos, habría concentrado los índices individuales y éstos se apartarían muy poco del promedio.

Es evidentemente en el campo analítico colorimétrico de la piel que la diferencia entre blancos y morenos se nota más. Los primeros, en efecto, son tan pálidos como europeos nórdicos y algunas mujeres ofrecen, sin estar enfermas, la tez rosada que se señala, en las obras de antropometría, como característica de los tísicos.

Los segundos, por el contrario, tienen una piel que cubre varias tonalidades de pardo, de lo claro a lo oscuro. Sucede lo mismo con los ojos, castaños claros en los blancos y castaños oscuros en los morenos. Todos tienen cabellos que van del castaño claro al castaño oscuro, a menudo con reflejos rojizos.

Los guayakíes varones tienen una cabellera abundante, pero, en la mayor parte de los casos, la frente es muy despejada y se notan a menudo entradas que responden a un fenómeno de calvicie. En el grupo estudiado, la mitad de los varones mostraban una calvicie occipital a veces muy pronunciada. Lo cual no se produce jamás, en los amerindios. Dos de ellos tenían el pelo ondulado, de tipo europeo.

El análisis de las veintiocho muestras tomadas, hecho por el Laboratorio de Anatomía Patológica (Cátedra de Medicina Legal) de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, estableció que todos los cabellos ofrecían una sección ovoidea que se acerca a la redondeada sin nunca alcanzarla. Es ésta una característica propia de las razas blancas.

Los amerindios, como todos los mongoloides, tienen un pelo de sección redonda.

Por fin, todos los guayakíes varones tienen una barba abundante que cubre el mentón, el labio superior y las mejillas, sin solución de continuidad con el cabello. Normalmente, se la afeitan con un instrumento de caña, pero las raíces de los pelos son bien visibles. El hechicero del campamento llevaba barba entera.

Ahora bien: los amerindios son generalmente lampiños y sólo los ancianos de algunas razas tienen una barba pobre, de tipo mongoloide, que nunca cubre sino el mentón.

La pilosidad corpórea es más variable que la barba, en los sujetos que estudiamos. Es siempre abundante en el pubis, pero a menudo rala en las axilas. Sólo se la nota en el tronco de un poco más de la mitad de los sujetos.

Casi todos los guayakíes blancos varones, más de la mitad de los guayakíes morenos y casi la mitad de las mujeres llevan vello en sus miembros, fenómeno éste desconocido entre los amerindios. Más extraño todavía resulta el hecho de que numerosos varones tienen mechones de pelos abundantes en las orejas y en las narices.

La Lámina I nos muestra el retrato, que figura en la galería del Departamento de Asuntos Indígenas de Asunción, de un guayaquí blanco típico: mesocéfalo y tal vez hasta dolicocefalo, frente despejada, calvicie pronunciada, barba, cara alargada, ojos derechos.

En la Lámina II aparece otro guayakí blanco, cubierto de pintura medicinal: se notarán la cara caballuna, el mentón saliente, la frente megalocéfala y el pene extremadamente desarrollado, sobre todo por tratarse de un hombre enfermo.

La Lámina III reproduce la fotografía de un guayakí de aspecto netamente ario.

Llaman la atención el color blanco pálido de la piel, el pelo ondulado, la frente despejada, los ojos derechos aunque entrecerrados por el sol. Únicamente recuerda el amerindio la nariz ligeramente achatada del sujeto, el que podría pasearse en cualquier región de Europa sin resultar extraño. En la mujer de la Lámina IV, llaman la atención los senos de tipo europeo y, en especial, el color rosado del pezón y la aureola, que las indias tienen negros.

En contrapartida, los rasgos de la cara son mucho más mongoloides que en los varones, fenómeno éste que se comprueba en todos los conjuntos mestizos de Sudamérica.

Dos puntos más, de desigual importancia. El primero, el análisis hematológico y serológico, no fue abordado por nosotros. Por un lado, en efecto, existían en este campo estudios serios. Por otro lado, el valor de esta técnica en cuanto a la clasificación racial es muy discutible. Algunos antropólogos acostumbran ir más lejos de lo que les permiten los datos obtenidos gracias a ella.

Debajo de los promedios estadísticos se disimulan particularidades étnicas que no caben en esquemas aún demasiado simplistas.

Se lo ignora todo acerca de las correlaciones existentes entre factores serológicos y factores morfológicos y no disponemos de ninguna investigación clínica sobre las modificaciones fisiológicas que provoca las degradaciones de la raza, con mestización o sin ella.

En fin, demasiado a menudo, se generaliza la supuesta homogeneidad hematológica de los amerindios. La mayor parte de ellos pertenecen al grupo O, pero se encuentran, por ejemplo, en los blood y en los blackfeet de raza pura "algunas de las frecuencias más altas de A que se conozcan en cualquier parte del mundo" y la repartición de los tipos, A, B y O entre los esquimales no mestizados es análoga a la que se puede observar entre los europeos.

No entraremos aquí en el detalle de análisis demasiado complejos. Limitémonos a decir que los guayakíes pertenecen al grupo O, como la mayor parte de los amerindios, pero que se diferencian de éstos por todos los demás factores serológicos.

Tales son los resultados obtenidos por Saguier Negrete en setenta muestras, por Brown y Gajdusek, en un número igual de sujetos, y por Matson y sus colaboradores en cincuenta y uno. Estos últimos concluyen que los guayakíes "en verdad se parecen más a los europeos" que a los amerindios. Desde este punto de vista, la ausencia del factor Diego en todos los sujetos tiene especial importancia, pues aparece en el 20 % de los guaraníes que los rodean.

Brown y Gajdusek no dejan por ello de afirmar, muy imprudentemente, que los guayakíes son amerindios puros y homogéneos, en especial por su sangre del grupo O. Si buscáramos probar una teoría y no analizar un problema, nos sería fácil contestar que este mismo hecho prueba que nuestros "indios blancos" descienden de los normandos, ya que el 75 % de éstos, en Francia, también tienen sangre O.

El segundo punto que todavía queda por mencionar es mucho más importante. Se trata del análisis de los dermatoglifos. Las improntas digitales humanas comportan, en efecto, crestas epidérmicas que pueden tomar la forma de arcos, de presillas o de torbellinos, y la proporción de estas tres figuras varía con la raza.

En los europeos, las presillas dominan con respecto a los torbellinos de 2,24 a 1, en promedio.

En los amerindios, esta misma relación es de 1,16 a 1. Efectuamos veintidós relevamientos dactiloscópicos completos de guayakíes (doscientos veinte improntas digitales) y el análisis hecho por la Facultad de Medicina de Buenos Aires nos dio una proporción de 2,66 a 1 entre presillas y torbellinos.

Lo cual excluye totalmente a los guayakíes de la raza amerindia y los sitúa, por el contrario, no sólo en la raza aria, que tiene el más alto índice de la gran raza blanca, sino también en la subraza nórdica cuyo índice es el más elevado de la raza aria. Encontramos, en efecto, en los daneses contemporáneos, una relación de 2,23 a 1 y en los noruegos, más puros, una de 2,64 a 1, idéntica a la que relevamos en los guayakíes.

Estos, en contrapartida, se diferencian tanto de los europeos como de los amerindios por un considerable porcentaje de arcos: 18,6 % contra 0 a 12 % - daneses, 5,7 %; noruegos, 7,4 % - y 2 a 8 %, respectivamente.

Sólo se encuentra una proporción comparable de arcos en algunos pigmeos del África y en los bosquimanos. El fenómeno no está vinculado de ninguna manera con el pigmoidismo: no se manifiesta ni en los pigmeos del Kivu ni en los bakolas, y tampoco en los negritos del Asia, mientras que los bosquimanos, en los cuales se lo nota, no son pigmeos.

Tal vez se trate de la consecuencia de un proceso de degeneración regresiva. Inclusive nos podemos preguntar si las razas pequeñas con alto porcentaje de arcos del África central son realmente pigmeas, y no simplemente enanas como los guayakíes y los bosquimanos. Pero esto no es sino una hipótesis.

Así formulados sin índices ni elementos de comparación, los datos antropológicos parciales que acabamos de mencionar pueden parecer un tanto deshilvanados.

Séanos permitido, pues, reproducir aquí las conclusiones generales de nuestro Informe completo:

1. Los guayakíes pertenecen a una raza blanca dolicocefala, de apariencia nórdica, ligeramente mestizada con elementos amerindios. Lo prueban el color de la piel, los ojos y el pelo, las particularidades del sistema piloso (barba, calvicie y sección ovoidea del cabello), los dermatoglifos, la conformación cefálica y los rasgos fisionómicos fundamentales.
2. La mestización con elementos amerindios es reciente. Lo prueba la gran variabilidad del índice cefalométrico.
3. Los guayakíes son biológicamente degenerados. Lo prueba la desproporción existente entre su cabeza grande y su aparato genital muy desarrollado, por una parte, y sus miembros cortos y su pequeña estatura, por otra. Las dimensiones de la cabeza y, en especial, la altura de la cara corresponden a individuos de muy alta estatura.
4. Los guayakíes eran, primitivamente, longilíneos. Lo prueban la altura aparente y la delgadez de sus piernas.
5. Los guayakíes vivieron durante largo tiempo en el Altiplano andino. Lo prueban las características brevilineas del tronco, el gran desarrollo del tórax y la elevada capacidad torácica.

En resumen: los guayakíes son los descendientes de un conjunto humano de raza blanca y biotipo longilíneo - como el *Homo europaeus septentrionalis* - que vivió, durante siglos, en el Altiplano donde se le produjo el ensanchamiento del tronco.

Posteriormente, este conjunto bajó a la selva tropical o subtropical donde sufrió un proceso degenerativo que provocó la reducción de su estatura, con todas las características propias del enanismo patológico.

Más tarde, se mestizó con mujeres amerindias - verosíblemente guaraníes - que le trajeron genes mongoloides.

Este último proceso es muy reciente - dos o tres generaciones - pues la homogeneidad de los dos aportes - blanco y amarillo - está muy lejos de haber sido alcanzada en los grupos blancos. En el mismo lapso, un grupo se mestizó de modo más acentuado incorporándose algunos indios pertenecientes a una raza especialmente oscura.

Estas conclusiones respaldaban sólidamente nuestra primitiva hipótesis de trabajo.

Los guayaquíes, de raza blanca y de características nórdicas, mestización aparte, venían del Altiplano donde vivían, hasta el final del siglo XIII, los descendientes de los daneses que habían llegado de México 'doscientos cincuenta años antes. Todo dejaba suponer pues, entre unos y otros, una filiación directa.

Pero faltaban pruebas concretas.

2. Un pueblo degenerado

La degeneración biológica ha tenido, para los guayakíes consecuencias demográficas y sociales muy graves.

Por razones que constituyen todavía un misterio científico, nacen entre ellos tres veces menos mujeres que varones: el mismo fenómeno que se produce en el Tíbet y entre los waikae, una tribu de "indios blancos" del Amazonas.

No siempre fue así. Los guayakíes conservan el recuerdo de un pasado lejano en el cual sus familias eran poligámicas, vale decir respondían a las normas biosociales de los pueblos guerreros. El exceso de nacimientos masculinos ya se manifestaba, sin embargo, en el siglo XVIII.

El P. Lozano escribía en efecto, en aquella época: "Suelen hacerse la guerra entre sí para robarse las mujeres, pues el número de varones es muy superior al de las mujeres, cosa rara en América".

Este desequilibrio entre los sexos ha tenido una doble consecuencia.

En primer lugar, la tasa de natalidad es muy baja, lo cual, agregado a condiciones de vida excepcionalmente duras y a la guerra, va llevando la raza hacia su desaparición. En segundo lugar, la familia poliándrica se ha impuesto. Cada mujer vive con dos o tres varones: un marido principal y uno o dos maridos secundarios.

De ahí un extremo relajamiento de las costumbres; El marido secundario es, por lo general, un amante "legitimado". La mujer, por cierto, no manda en el seno del grupo, pero sí constituye su elemento más importante, el que no puede fácilmente reemplazarse.

Por un lado tiene tendencia a considerarse el factor de continuidad de la familia y a cambiar sus maridos según su fantasía o su interés. Los niños, por otro lado, tienen dos o tres padres "carnales", más los maridos sucesivos de su madre. En el seno de una banda de treinta o sesenta individuos, prácticamente son los hijos de todo el mundo.

Llegamos así muy cerca del estado de promiscuidad. En fin, la dependencia familiar del varón con respecto a la mujer zapa la autoridad masculina. Si el orden natural no rige en la familia, es difícil que lo haga en la tribu.

La vida nómada contribuye a la inestabilidad social. Un guerrero o cazador se impone por sus hazañas y todos se someten a su autoridad. Pero envejece, y se va acercando el momento en

que se convertirá en una traba para los suyos y habrá que abandonarlo a los urubúes. Mucho antes de este día, por lo demás, un jefe más joven ha surgido y ha tomado el lugar del anterior, exactamente como un marido joven desplaza al marido viejo.

Agreguemos a estos factores de desorden el nomadismo en sí. Nos resultará fácil, entonces, comprender por qué una banda guayakí se parece más a una jauría de lobos que a una comunidad humana.

Aquí también se trata de una situación relativamente reciente. Hasta el siglo XVII, los guayakíes vivían en el estado sedentario. Cazaban, por cierto, y guerreaban entre sí y con sus vecinos, los mbyáes-guaraníes. Pero tenían sus aldeas y cultivaban el maíz. Lozano lo señala aún en el siglo XVIII, cuando el proceso de degeneración ya se encontraba muy adelantado.

¿Por qué este cambio de modo de vida? ¿Por qué estos agricultores cazadores se convirtieron en cazadores recolectores? Por su espíritu de independencia.

En 1628, en efecto, los jesuitas evacuaron el Guayrá (cf. mapa, al final del volumen) e instalaron a los neófitos, como decían, que trajeron de allá entre el Paraná y el Paraguay, por un lado, y en las actuales provincias argentinas de Misiones y Corrientes, por otro.

Reforzaron las reducciones existentes en estas regiones, pero también fundaron nuevos establecimientos. Y situaron uno de estos últimos en San Joaquín, a unos 20 km de la gran aldea guayakí de Cerro Morotí. Volveremos sobre este punto.

¿Para qué instalarse así en pleno territorio no controlado? ¡Para controlarlo, por supuesto!

Los jesuitas habían tratado de crearse un imperio en el Guayrá y habían debido renunciar a su proyecto cediendo ante la presión portuguesa. Ya no tenían otra solución que conquistar la selva virgen del Paraguay propiamente dicho, lo más lejos posible de las autoridades españolas.

Hablando del Guayrá, el P. de Charlevoix no disimula en absoluto esta tendencia a hacer carpa aparte: "En la época en que los Padres Cataldino y Maceta se alejaron de las ciudades españolas para encontrar menos obstáculos en la conversión de los indios...". Para los guayakíes, la amenaza era seria.

En San Joaquín no había un mero grupo de agricultores, sino una milicia bien entrenada y provista de armas de fuego traídas del Guayrá. Algún día, habría que someterse, como los guaraníes se había sometido, y aceptar el paternalismo esclavista de los jesuitas. Los guayakíes no tenían la capacidad de aceptación de los indios.

Prefirieron abandonar sus casas y sus campos y lanzarse en la selva. La vida nómada que adoptaron no era, en aquel entonces, tan dura como en nuestros días. Había, por cierto, que renunciar a vivir bajo un techo y hasta a vestirse.

Pero la caza no faltaba. Y, sobre todo, los habitantes de la selva eran libres. Libres, a la noche, de cantar en coro y de repetir incansablemente las historias del pasado. Libres, tal o cual día de cada año, de encaminarse hacia algún santo lugar donde las bandas se juntaban para celebrar, como otrora, el culto del Sol.

Esta vida primitiva, en cierto modo paradisíaco, no podía durar. Los jesuitas se habían ido, en el siglo XIX, pero la población europea y mestiza aumentaba sin cesar. Las estancias y los obrajes avanzaban cada día más en la selva. Grupos de berú - así llaman los guayakíes a los blancos y mestizos paraguayos - armados hasta los dientes, saqueaban los cotos de caza cuya fauna destruían sin consideración de ninguna especie.

Cada verano, los nómades, que vivían cómodamente, hasta entonces, de caza y de miel silvestre, empezaron a conocer el hambre. Tenían que comer la pulpa de la palmera pindó, y hasta las larvas de un gran coleóptero que vive en la madera podrida.

Veían, sin embargo, muy cerca, animales desconocidos que ni nombre tenían en su idioma, y este maíz cuyo recuerdo conservaban. El hambre da malos consejos. Los guayakíes empezaron a degollar vacas y caballos que despedazaban con sus hachas de piedras y a saquear los campos de los berú.

Estos no se mostraban muy comprensivos cuando se trataba del fruto de su trabajo.

De vez en cuando, organizaban expediciones punitivas, haciendo prisioneros - por lo general niños - que convertían en verdaderos esclavos. No sin pérdidas, por otro lado, pues el arco guayakí es un arma temible. Era la guerra, y sigue siendo la guerra aún hoy. Pero, cuando un conflicto de este tipo opone sedentarios a nómades, siempre ganan los primeros, a la larga. Fue ésta la razón por la cual, cierto día de 1959, un primer grupo de guayakíes se sometió.

Entre tiempo, la raza había seguido degenerando con ritmo acelerado. ¿En qué se habían convertido esos soldados daneses que se habían refugiado en la selva hacia 1290?

¿En qué se habían convertido esos agricultores organizados del siglo XVI? En fieras, o poco menos.

Los guayakíes caminaban sin cesar, totalmente desnudos, y dormían a la intemperie, alrededor de un fuego, sin siquiera un techo de hojas que los protegiera de la lluvia, cada noche en un lugar distinto. Ya no plantaban nada desde hacía mucho tiempo.

Ya no sabían fabricar nada, salvo sus arcos, sus flechas, sus hachas, y esos extraños cestos con capa de cera en los cuales trasportaban la miel. No habían olvidado del todo el arte de la alfarería, pero tenían cada vez menos oportunidades de practicarlo.

Por otro lado, les faltaban mujeres.

¿Por qué no robar algunas a los mbyáes, sus vecinos guaraníes, como robaban vacas a los paraguayos? Pero la mujer, aun cautiva, trae con su sangre sus costumbres y su idioma.

Ya muy olvidadas, las tradiciones guayakíes fueron guaranizándose cada vez más y, en la cara de los niños, empezaron a aparecer los estigmas de la mestización. Todo iba cambiando, menos el hambre que, desde hacía tiempo, había llevado a ciertas bandas a hacerse caníbales.

La antropofagia es una costumbre muy difundida en el continente sudamericano. Se la encuentra en dos formas bien diferenciadas. Los indios que practican el exocanibalismo - era éste el caso de la mayor parte de los guaraníes - comen a sus prisioneros de guerra que hacen asar como caza, en la parrilla. Es a la vez un ritual de venganza y un grato complemento de alimentación.

El endocanibalismo se presenta bajo aspectos muy distintos.

Consiste en absorber con alguna bebida alcohólica o hasta con agua pura, los huesos reducidos a polvo del miembro de la tribu que acaba de morir y que, previamente, se ha incinerado.

En el primer caso, la antropofagia es principalmente alimenticia aunque ciertos etnólogos quieren ver en ella, también, una especie de "comuni3n" mediante la cual uno se incorpora el poderío vital de la víctima. En el segundo caso, constituye un rito de protecci3n contra el alma telúrica de la muerte que reside en los huesos y que se elimina consumiendo éstos.

Muy pocas veces las dos formas coexisten en una misma tribu.

También en este campo los guayakíes se diferencian de los amerindios. La mayor parte de ellos, pues algunas bandas desconocen el canibalismo, comen con tanta satisfacción a sus enemigos como a sus propios muertos, a todos sus muertos. Asan el cadáver o, si se trata de un niño muy pequeño, hacen con él un puchero.

En ambos casos, la carne se consume íntegramente, salvo el sexo de las mujeres que se entierra. Los huesos y, en especial, el cráneo son rotos a golpes de arco y luego abandonados, lo que también hacen los guayakíes no antropófagos que dejan, previamente, el cuerpo descomponerse. Pues la rotura del cráneo aleja de los vivos, a quienes amenaza, el alma del muerto que, liberada, huye en la selva.

El canibalismo en sí, por lo tanto, es independiente del ritual funerario, aun cuando lo acompaña. Lo cual permite suponer que nació como consecuencia del hambre.

El asco que provoca en nosotros la idea de comer carne humana es sólo el producto de cierta sensibilidad que las circunstancias, y tenemos ejemplos recientes, pueden muy bien anular.

En los guayakíes, la antropofagia no constituye sino un aspecto secundario del proceso de degeneración que han ido sufriendo en un medio cada vez más hostil.

¿La realidad histórica de dicho proceso está suficientemente establecida? ¿No sería posible, a pesar del testimonio de Lozano, que nuestros "indios blancos" fueran lisa y llanamente unos primitivos, en el pleno sentido de la palabra, unos atrasados? No, y Fierre Clastres lo ha demostrado.

Este etnólogo nos dice, en efecto, que los guayakíes poseen, en su lengua, para designar el maíz que no cultivan, una palabra (waté) distinta del término guaraní (avatí), mientras no tienen ninguna para la mandioca que conocen, sin embargo, puesto que la roban en los campos de los paraguayos. Luego, cultivaban en otro tiempo el maíz, pero no la mandioca, salvo que hubieran olvidado el vocablo correspondiente a este tubérculo.

Otro hecho aún más llamativo, siempre según Clastres.

Los guayakíes llaman jaka los recipientes metálicos que roban a los paraguayos. Ahora bien: existe en la lengua guaraní un término muy parecido, ajaká, que designa una gran canasta que sirve para transportar las mazorcas de maíz y las raíces de mandioca. La palabra guayakí no constituye un empréstito reciente, pues los guaraníes emplean, para nombrar los recipientes metálicos, el vocablo castellano lata que los guayakíes desconocen.

Estos tenían, por lo tanto, en su dialecto un término que correspondía a un recipiente de cestería, de uso agrícola, que ya no empleaban pero del cual habían conservado un vago recuerdo y que aplicaron a las latas que obtenían de los berú.

El hecho de que la palabra sea más o menos la misma que en guaraní no proviene de ningún modo de una transferencia reciente - si fuera así, los guayakíes dirían: lata - sino lisa y llanamente del origen del idioma que hablan: un dialecto guaraní o, por lo menos - la opinión de los lingüistas no es unánime - fuertemente guaranizado.

No hay duda alguna, pues. Los guayakíes no son unos primitivos, sino unos degenerados. Daremos de ello pruebas más tangibles. Pero debemos mencionar aquí, en apoyo de esta tesis, la extraordinaria capacidad de readaptación de los individuos de su raza que, por uno u otro motivo, escapan del ambiente selvático.

Se convierten rápidamente, no sólo en trabajadores incansables, lo que, por cierto no es el caso de los indios, sino también en artesanos de excepcional habilidad.

Los vimos, en Cerro Morotí, construirse casas forestales que son más que simples cabanas y por ejemplo, tallar con un machete, y verdaderamente no es éste el instrumento apropiado, mangos de hacha de forma perfecta que parecían salir de una máquina. Hay, por lo demás, en el Paraguay, muchos guayakíes cuyo origen nadie sospecha.

Sacados de sus bandas como consecuencia de expediciones punitivas, fueron criados en estancias; luego, ya adultos, se han fundido lisa y llanamente en la población. Una nenita, raptada en la selva, a los cuatro años de edad, por un francés y adoptada por él, cursó estudios notables, en la Argentina y en Europa.

Hoy, es doctora en antropología.

3. El enano rubio de la mitología guayakí

No es nuestro propósito exponer aquí las creencias de los guayakíes.

Sólo se diferencian de las de sus vecinos guaraníes por su extremada simplicidad: íbamos a decir su extremada pureza. Nuestro Primer Padre, el Trueno Relámpago, salió de las tinieblas originarias y, sin acercarse a su esposa, por el solo efecto de su palabra, engendró al dios creador que hizo brotar la luz de su pecho y, luego, formó el mundo con su propia sustancia.

Pero, a este fondo común, se agregan, en los guayakíes, dos mitos que, por motivos distintos, nos interesan especialmente.

El primero es el de los dos duendes. Uno de ellos es moreno oscuro, tal vez negro. Es Baión, el genio del mal, el amo de la noche, que tiene la luna encerrada en una enorme marmita de tierra. El otro, Jacarendy, es un enano de piel blanca y pelo rubio. Lleva un pequeño arco y flechas y silba sin cesar, como el andyrá, uno de los pájaros del Trueno-Relámpago, que lo acompaña en todos sus desplazamientos. Es el amo de las abejas y esconde sus panales de miel.

No es malo, pero le gusta hacer chistes. Mujeriego, su esposa lo pega para castigarlo.

Como vemos, se trata de una personificación de las dos razas en presencia. Los amerindios, morenos, son malos porque son el enemigo. Los guayakíes, blancos, no tienen sino defectos amables y Dios los protege. Lo que merece reflexión es el hecho de que Jacarendy no sea solamente blanco, como los acnés de hoy, sino también rubio. Hay que admitir, pues, que los antepasados de los guayakíes lo eran.

Ya que estamos hablando de duendes, abramos un paréntesis para mencionar a Japery, el amo del agua, que tiene la mala costumbre de pegar a los guayakíes con un palo que éstos, llaman wyrá paén pero del cual son incapaces de dar la menor descripción, por la sencilla razón que el instrumento sólo existe para ellos en nivel mitológico.

Clastres, a quien debemos esta comprobación, quedó muy sorprendido, pues, de oír a los achés llamar paénlos machetes que les regalaba. Dedujo que habían debido de tener, en otra época, espadas de madera como las que los guaraníes, que las usaban para ejecutar a sus prisioneros, llamaban del mismo modo.

Lo que nos hace dudar de la validez de esta explicación es que los guayakíes, cuando hablan del palo de Japery, no dicen paén, sino wyrá paén, vale decir "paén de madera". Lo cual deja suponer que tienen el vago recuerdo de paén hechos, como los machetes, con otro material que no podía ser sino metálico. Nada más natural de ser, como creemos, los descendientes de los daneses de Tiahuanacu.

Esta hipótesis, el mito guayakí de los orígenes no la contradice de ninguna manera, a pesar de

lo que parece a primera vista: "Los primeros abuelos de los guayakíes salieron de las profundidades de la tierra, arañando las paredes del precipicio, cual armadillo, para salir.

El camino que permitió a los primeros abuelos de los guayakíes salir de las profundidades de la tierra fue un hermoso curso de agua. Los primeros abuelos tenían los sobacos hediondos, la piel muy morena, carecían de arcos, de flechas, de tembetá, tenían las manos vacías". Cadogan, a quien debemos este texto, deduce del mito en cuestión que los antepasados de los achés eran de piel oscura.

Pero también nos dice que la palabra guayakí broa, moreno, negro, significa también sucio, y parece que este último sentido es el correcto: los antepasados de los guayakíes, cuando lograron escapar siguiendo un curso de agua, estaban desprovistos de todo y mugrientos hasta el punto de tener mal olor.

Más aún: nos preguntamos si la expresión "profundidades de la tierra" no proviene de un error de traducción y si no se trata, en realidad, de las "profundidades de la montaña", vale decir de los Andes, de donde venían, en efecto, los daneses que se refugiaron en la selva.

Pues, en guaraní, tierra (yuy) y montaña (yvyty) tienen la misma raíz, y lo mismo debe darse en el dialecto guayakí.

El otro mito que nos interesa aquí es sólo un aspecto, insignificante a primera vista, de la creencia en la inmortalidad. El guayakí tiene dos almas que surgen, y tal vez nacen, en el momento de la muerte: un alma telúrica que se convierte en fantasma y es peligrosa para los vivos; un alma celestial que se transforma en un harendy, un Ser Flamígero, y que sube a juntarse con el Sol en la Floresta Invisible que constituye el Paraíso.

Esta última, sin embargo, sólo consigue abandonar la tierra gracias a un procedimiento un tanto sorprendente.

Fabrica una gran urna de barro que llena de cenizas y en la cual los "pájaros del alma" vienen a descansar. En el momento de elevarse hacia la Floresta Invisible, entierra su urna entre las raíces de un árbol y los pájaros levantan vuelo con ella.

Fierre Clastres (2e) a quien debemos de conocer esta "muy extraña creencia", como él mismo dice, nos da de ella una explicación que no nos satisface en absoluto: "Es así muy sorprendente comprobar que los aché hacen exactamente en el plano del mito lo que los guaraní hacen, ellos, realmente: pues, sin duda alguna, la marmita del alma no es sino la gran urna funeraria de los guaraní...

El 'mitema' de la urna funeraria del alma es (por lo tanto) el recuerdo de un antiguo ritual de sepelio que seguían los guayakí en una época en la cual, agricultores y, luego, medio sedentarios, estaban en condiciones de fabricar, como los guaraní, las grandes urnas destinadas a recibir los muertos.

El hecho de que la técnica de fabricación de las grandes urnas se haya deteriorado como consecuencia del abandono de la agricultura y del nomadismo permanente, condenando así a desaparecer el ritual y el instrumento que éste implicaba, no nos parece nada sorprendente: lo que es extraño, por el contrario, es que los guayakí sepan todavía hacer alfarería".

Esta hipótesis es difícil de admitir, pues no se han encontrado nunca cementerios guayakíes y todo hace suponer que, antes de comerse a sus muertos, los achés los incineraban o enterraban, como lo hacen aún algunas de sus bandas, volviendo cuidadosamente, una vez descompuesto el cuerpo, para romper los huesos, como lo exige la liberación del alma o, más bien, de las almas.

Pensamos, por nuestra parte, que existe otra explicación, como veremos en el próximo capítulo.

4. Los dibujos runoides de los guayakíes

Si ya resulta sorprendente, como bien lo dice Clastres, que los guayakíes, cazadores recolectores nómades, fabriquen piezas de alfarería, es más extraño aún que utilicen instrumentos de música.

Estos, fuera de silbatos de hueso que responden a otras necesidades, son de dos tipos: flautas de Pan, de hueso o de caña, cuyos tubos están tapados en la base, y especies de guitarra de tres cuerdas, sin mango, hechos de una pieza de madera ahuecada y tapada con una tablilla provista de un orificio rectangular. El primero de estos instrumentos está muy difundido entre los indios del Altiplano andino.

Se supone, pero sin la menor prueba, que el segundo es una imitación reciente de la guitarra propiamente dicha.

Estábamos preparando nuestra primera expedición al territorio guayakí cuando nos llamaron la atención las fotografías que ilustraban un artículo recientemente publicado por una revista especializada de Buenos Aires. Se las había tomado tres o cuatro años antes en el campamento de Arroyo Morotí.

Una de ellas representaba una "guitarra" aché.



La cosa en sí nos interesaba muy poco. Pero el instrumento llevaba dibujos tan poco amerindios como fuera posible: "figuras que, según creemos, podrían considerarse simbólicas", escribía Tomasini, autor del artículo.

Era poco decir, pues los dibujos en cuestión tenían todas las apariencias de runas. ¡En el marco de nuestra hipótesis de trabajo, esto casi parecía demasiado bonito!

No ignorábamos, por cierto, hasta qué punto la extrema simplicidad geométrica de los caracteres escandinavos hace fáciles coincidencias meramente casuales. Uno de dichos signos, no obstante, parecía descartar toda eventualidad de este tipo. Muy complicado, era la reproducción exacta de una "runa secreta" que figura en la inscripción de Kingigtorsuaq, en Groenlandia, y que probablemente represente el número 10 C).

Nuestra primera expedición nos iba a suministrar, en este campo, una pieza complementaria: un fragmento de cerámica de factura amerindia, en cuya parte interior (cf. Fig. 2) estaban grabados, muy superficialmente, además de un dibujo geométrico bastante complejo, diez signos de los cuales nueve eran runas perfectamente trazadas que nos fue fácil transliterar: NUIH.H LGEAM.

El otro, representado por un punto en nuestra transcripción, es dudoso: runa deformada, runa invertida, o una u latina cuyo empleo era corriente, sobre todo en Gran Bretaña y en Irlanda, al final de la época rúnica.

El penúltimo signo, ea, pertenece, por lo demás, al futhorc anglosajón y no al futhark escandinavo (cf. Fig. 4). El suboficial paraguayo, jefe del campamento, ni siquiera nos había enseñado la pieza, descubierta por casualidad, en su cabaña, por un miembro de nuestra expedición.

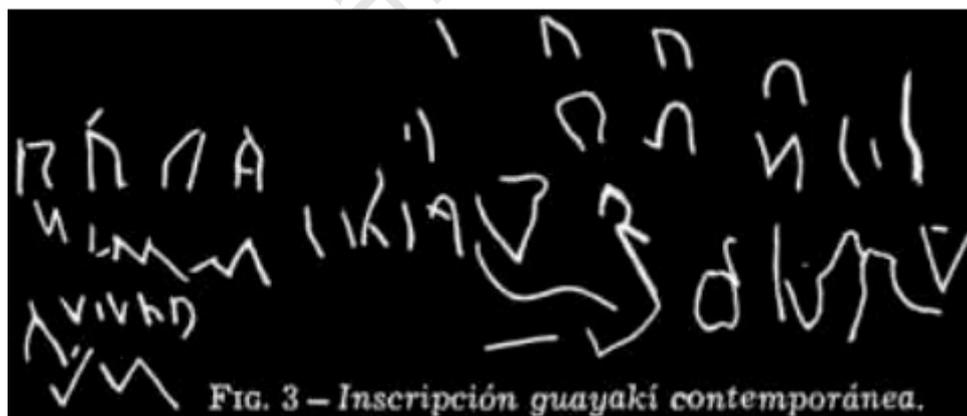
Por supuesto, no había nunca oído hablar de la escritura rúnica. Nos explicó que el fragmento de cerámica había sido desenterrado en los alrededores y que una mujer guayakí había grabado en él algunos de los signos tradicionales de la tribu. La inscripción, efectivamente, era muy reciente.

Parecía confirmarse, pues, que los guayakíes utilizaban como elementos de decoración - no como letras, pues son totalmente analfabetos - caracteres rúnicos medievales.

La mujer que había grabado la inscripción no pudo ser identificada.

El autor de los dibujos del instrumento de música había muerto de gripe en Arroyo Morotí. Nos señalaron, sin embargo, a dos hombres del campamento que aún sabían trazar símbolos tribales.

El Lie. Rivero les pidió que lo hicieran para nosotros y consintieron, riéndose a carcajadas.



Se les dio primero hojas de papel y una lapicera de bolilla, y en seguida, sin vacilar, se pusieron a "escribir" a toda velocidad.

El resultado fue sorprendente: arabescos lineares complicados que, si se nos los hubiera enseñado sin indicarnos su origen, nos habrían hecho pensar en alguna escritura cursiva desconocida.

Es cierto que estos dos "indios blancos" vivían desde hacía diez años en el campamento y debían de haber visto a menudo textos manuscritos.

Un segundo intento, sobre tablas, con carbón de madera, dio, por parte de uno de los guayakíes - el otro había renunciado - dos series totalmente distintas. Sus signos separados no eran runas, por cierto, pero tampoco garabatos cualesquiera.

En nuestra opinión, esos analfabetos conservan una tradición gráfica, aunque han olvidado su sentido.

Tercer intento: se dio a "Benigno" - a estos caníbales se les dio nombres españoles - un fragmento de cerámica que acabábamos de desenterrar y un cuchillo de monte puntiagudo.

Nuestro guayakí se puso a trabajar con extrema rapidez. El resultado fue, en pocos minutos, una inscripción caótica (cf. Fig. 3) en la cual se destacan algunas runas, en especial unas U, unas I y unas S. El texto, por supuesto, no tiene continuidad fonética.

Pero, en las inscripciones auténticamente rúnicas, las repeticiones indican, por lo general, la encantación mágica.

¿Gente en situación desesperada que reclama, por todos los medios a su alcance, como les permitía hacerlo, lo veremos en el capítulo siguiente, el valor ideográfico de las runas, ganado (llamas), frescura y sol? La estación de las lluvias, que es también la estación más cálida, hace difícil la supervivencia, en la selva paraguaya, para los guayakíes nómades.

¿Los de hoy, que han perdido su cultura y la mayor parte de sus tradiciones, habrán conservado en su memoria algunos de los caracteres que, para sus antepasados, expresaban simbólicamente la plegaria? ¿O bien los signos trazados por "Benigno" solo por casualidad se parecen a runas?

Pronto íbamos a tener que descartar esta segunda explicación.

5. Unos "germanos en reducción"

Cuando la revista alemana de Buenos Aires, *La Plata Riff*, tuvo a bien reseñar nuestro estudio sobre los guayakíes, puso espontáneamente como título a su nota: Bei den "Schrumpfgermanen" Paraguays. Unos "germanos en reducción".

Era esto, exactamente, mestización aparte. Uno de los análisis de antropología física más completos que se hayan jamás efectuado en Sudamérica demostraba, en efecto, que los achés pertenecen a la raza aria y siguen teniendo características de nórdicos degenerados, salvo en cuanto a su tórax, ensanchado por la estada de sus antepasados en el Altiplano andino.

Teníamos unas buenas razones para pensar que los "blancuzcos de la llanura" descienden de los vikingos daneses llegados, en el siglo X, a México y, en el siglo xi, al Perú.

Seiscientos años en la selva tropical explicaban ampliamente su degeneración física y la regresión cultural que había señalado un etnólogo de la categoría de Clastres.

Confirmada en el plano de la antropología, nuestra hipótesis había sido reforzada por las inscripciones runoides, carentes de sentido para sus autores, según parecía, que algunos achés aún saben pintar y grabar.

Sería realmente una extraña casualidad que estos salvajes analfabetos hubieran reinventado totalmente signos que correspondían tan bien al origen que su apariencia física permitía atribuirles

+